

TRES TRUENOS

marina closs

Cuñataí o de la virginidad

Tengo el nombre Vera Pepa y nací mirando el monte. Mi primera vez que vi: tenía el monte como un ojo fijo, puesto enfrente de mi mirada. Vera Pepa no me llamo, yo ya le mentí. Señorá, mi nombre en guaraní no digo. No soy Vera Pepa, ese nombre mío es inventado sólo para decirle. El verdadero, me lo callo. O... soy del nombre Gran Monte. Para usted, me lo callo, y sólo dígame «Vera Pepa».

Yo, Gran Monte, soy mujer por voluntad de mi madre. Ella quería: suavidad y ayuda para las tareas de la casa. Había parido dos, tres hijos hombres, bebedores todos. Tenía así ansiedad de mujer. Si fue golpeada, dijo:

—No importa, no merezco, pero igual recibo. Tampoco no merezco nada bueno, pero puede ser que recibo algo.

El cuarto hijo que tuvo, pidió a Añá que sea mujer, porque pedir a Tupá... ya había intentado. Entonces Añá otorgó. Yo nací la suave, la quieta, la mujer entre todos. Mi mamá

festejaba de obedecida. Mi papá no quería tocarme, porque decía: yo de chica parecía que me desarmaba como un puñado de agua.

De niñez, tuve el cuerpo muy flaco. Tanto que, desnuda, me confundían con mis hermanos. De atrás mi mamá se asustaba que si no había parido un muchacho. Me ponía la mano en el hombro y me miraba la vagina, para ver si estaba. Yo era sí mujer. No me parezco a las demás, por flaca, por huesos saltones. Parece que nací faltando carne entre la piel y los huesos.

Flaca, de niña ya me desnutrí. Me dicen Vera Pepa. O también aún: Gran Monte.

Vera Pepa quería llamarme mi madre, por si yo tenía la necesidad de irme. Mi papá obligó «Gran Monte», porque no quería que mi nombre, en la aldea, no significase nada. Así que me llamo las dos veces, las dos cosas, una dicha en guaraní, la otra Vera Pepa, en simple. No hablo bien el guaraní. Perdí el continuo. Tuve hijo en hospital. Empecé a vagabundear. Me fui muy joven de donde yo era.

Sí, señorá, yo todavía le tengo afición al monte. Me fui, extrañé la luz, la oscuridad. Volví al monte y fue lo mismo. Prefería, pero no aguantaba. Allí estaba, yo mirándolo, como la primera vez que vi. Se ve que mi ojo mira el monte y se acuerda de algo. Se queda mirando mucho rato, buscando por lo que va entre las hojas. Y me besé una vez con un hombre allá, en el monte. Me acuerdo estirarme tumbada y sentir, señorá, le juro: las hojas, los palos de espina que se me clavaban en la espalda.

Sí, yo tuve un hijo así, pero también tuve un hijo de matrimonio. Allá, donde monte, se vive en matrimonio muy temprano. Antes de que en una exista la inquietud del hombre. Es querido por la mujer. No el hombre, sino el matrimonio. La mujer puede vivir, en matrimonio, fuera de la casa en que nació, la suya, la que ya no soporta. Por eso toda mujer quiere casarse. Pero no sabe lo que hace. La madre y las abuelas no le cuentan.

Señorá, acá usted se casa, usted tiene compañía también con la vida de un hombre, ¿no es así? Yo veo, en la puerta del supermercado, mujeres que se casan. Se besan con el marido al pasar la puerta. Y ellas a veces llevan ya de la mano a un muchacho, a un hijo chiquito. Pueden casarse, teniendo en la mano el hijo de un marido olvidado. Así es en el supermercado. En la aldea, en cambio, no se quiere así. Allá, se aciertan otras cosas. Veo mal a ambas. Pero, en cierta forma, es lo mismo. La verdad es la necesidad injusta de que algo siempre no se pueda.

Yo hubiese querido, de jovencita, hacer algo libre. Pero no es barato, no se estila, es rebeldía, no se suele. Me gusta imaginar que tengo plata y soy jovencita. Mirá que voy en pollera, con un zapato taco y la cartera linda. Señorá, yo paso todo el día en el supermercado.

La ropa de mujer me gusta. Tengo mucha porque usted me da su ropa vieja. Llevo también de la caja de beneficencia la ropa que más puedo, la que me quiero poner. Me gusta que brille la tela. Para el viento, me gusta la tela volando.

Para andar por la calle me gusta pollera, si estoy sentada en la casa, me siento en pantalón. Déjeme contarle una cosa, deme plata, señorá, estoy triste. No quiero vivir tocando el timbre, me quedo acostada aquí, llorándole.

Señorá, ¡no tengo más voluntad! Si me da plata, yo vivo. Le cuento lo que me pasó, ¿no quiere saber? una cosa que no está ni en la imaginación... ¡es desde el portón! ¡Escúcheme!

No necesita que yo toque más timbre. Dejo en paz su botón. No le pasó nunca a usted lo que a mí me pasó. Yo soy de una aldea, el padre y la madre mbyá. Allá, de donde yo era, los niños nos escapábamos de los brazos de las madres para salir de entre los árboles y llegar a la ruta, a mirar pasar los camiones. Nos decíamos en el oído «¡camión!», y ya nos íbamos corriendo para allá.

Cuando pasa un camión, en el monte, el corazón de un niño da un salto; ríe, festeja lo que ha visto, tiembla. Un camión, y los hijos van como una mariposa a la llama. Luego, si es día añá, si ha sido un triste día, el camión atropella. Lleva a un niño en su quehacer con él, lo lleva tonto, hipnotizado. A los hijos mirando arrastra, o solamente pasa bramando.

—¡Camión campeón! —gritan los otros. Ven que el muerto gira y se arrodilla. Les cuesta comprender.

Pero Camión se va, sube humo desde su grandeza. Se marcha rojo, contra el cielo, andando. Así, sale un indio a la ruta y halla barro. Sangre y ropa: un hijo tirado al suelo.

Es lindo, cuando uno es chico, ver pasar un camión. Hace un ruido gigantesco. Ramas que se caen. Camión, la cara ancha, roja, grande. Luz amarilla o anaranjada. La yerba en la cabeza. Embolsado, todo un monte muerto, y una rama arriba. Una rama verde arriba, que le brota al monte de la muerte.

—Mamá, ¿por qué se lleva el monte?, ¿lo embolsó él al monte? ¿Quién es el camión?

Mamá responde:

—El camión es un hombre que va metido en él, cunumí-cariño.

—Ah. —Miro mejor qué puede ser. Me descubro la cabeza y lo sigo.

Yo, si fuera ahora más mujer, más joven, menos flaca, más así, más bella, no me casaría con un hombre. Me gustó ser virgen. Tenía otra sed. Otra piel, también, como de rayo solar en el borde. Flaca y todo, no importaba. Allá, en la aldea, el monte, antes de casarme, me decían Cuñataí-sin-mí. No sé si era linda o fea, pero estaba en edad. Me decían «sin-mí» porque yo no les gustaba. Me miraban a los ojos y veían un espíritu. No veían una mujer. Me parecía demasiado al venadito. Venían los perros del mundo y me pasaban la lengua por la palma de la mano. Cuñataí-la-pobre. Yo miraba sin embargo que formaba parte de lo destacado del mundo. Hermosa, verdad, no digo. Pero podía correr muy rápido y sabía trepar a los árboles.